

INTERVENCIÓN DEL PRESIDENTE DEL GOBIERNO EN EL FORO NUEVA ECONOMÍA

Madrid, 9 de enero de 2008

Se trata de un momento singularmente significativo y estimulante para el debate, cuando estamos a menos de una semana de la disolución de las Cortes y a dos meses justos de la celebración de elecciones generales. Como ya nadie ignora, éstas se celebrarán el próximo 9 de marzo aunque parecen estar disputándose con inusitada intensidad, y no pocas veces ferocidad, desde la misma noche del 14 de marzo de 2004.

Ahora sí. Ha llegado la hora de la verdad, que en democracia siempre es la hora de la voz y el voto de los ciudadanos, de cada uno de ellos.

Ha llegado el momento de escucharles con mayor atención que nunca, de articular con su propia participación las respuestas a sus aspiraciones y necesidades.

Ha llegado el momento de fijar un horizonte a medio plazo para España, y de presentar y comparar los proyectos que pueden llevarnos a alcanzarlo.

Como siempre, los españoles pondrán su anhelo en el porvenir, mirarán hacia delante, decidirán sobre expectativas, y lo harán respaldando a aquellos programas y candidatos que a su juicio representan futuro.

Valorarán también retrospectivamente la labor desarrollada por Gobierno y oposición, y tendrán muy en cuenta el juicio que les han merecido los dirigentes que compiten en las elecciones.

Estoy plenamente convencido de que, al juzgar el balance de la acción de gobierno en términos de cumplimiento de promesas electorales, atribuirán a nuestras ofertas mayor credibilidad que a ningunas otras.

Estoy seguro de que, al considerar objetivamente los resultados obtenidos en la Legislatura que ahora concluye, reforzarán su confianza en la eficacia que hemos demostrado para gestionar los asuntos públicos.

Y estoy todavía más persuadido de que, al contrastar los estilos políticos y el estado de ánimo con el que cada cuál afronta el proyecto de futuro, optaran claramente por los socialistas.

En los próximos días y semanas habrá ocasión frecuente de abordar distintos aspectos globales o sectoriales de la realidad política. Pero, dadas las características de este foro, y la particular coyuntura en este inicio de año, me centraré hoy, a lo largo de esta intervención inicial, en el ámbito de la economía, el empleo y las políticas sociales.

Les expondré con qué intensidad se ha fortalecido España en estos cuatro años y en qué medida este Gobierno ha cooperado a ello con su gestión.

Prestaré la debida atención a los últimos indicadores de la coyuntura económica y rebatiré con datos sólidos y argumentos reposados que de ninguna manera estemos abocados a algo ni siquiera parecido a una crisis.

Les ofreceré las razones por las que debemos confiar en nuestras expectativas futuras y les adelantaré cuáles son nuestros objetivos fundamentales para el próximo periodo político.

Permítanme, sin embargo, un apunte previo general sobre la credibilidad.

La calidad de la democracia reside en múltiples aspectos singulares, pero el más básico y fundamental de todos ellos es el de que los gobernantes cumplan con aquello para lo que solicitaron y obtuvieron el mandato de los ciudadanos. De ello se deriva que les rindan cuentas en todo momento, pero especialmente cuando se trata de pedirles una renovación de su confianza.

Nada deslegitima tanto la política como el abandono de los compromisos asumidos, el desvío de la orientación política, o el desplazamiento hacia otros de las responsabilidades que a cada uno le competen.

Nosotros podemos estar satisfechos de haber contribuido a la legitimación de la política. Hemos cumplido rigurosamente con la palabra dada, hemos hecho honor a nuestras promesas.

Apuntaba hace pocos días que esta Legislatura se había iniciado con el cumplimiento de un compromiso paradigmático, la retirada de nuestras tropas de Irak, y que concluía con el cumplimiento de una promesa de hondo significado social, la aprobación de la cuantía de 600 euros para el Salario Mínimo Interprofesional. Pero entre una y otra decisión, hemos cumplido fielmente con la inmensa mayoría de nuestros compromisos.

Citaré, a modo de ejemplo, el reconocimiento y desarrollo de los nuevos derechos de igualdad entre mujeres y hombres, la atención a la situación de dependencia, el matrimonio entre personas del mismo sexo.

Asimismo, los importantes incrementos de las pensiones mínimas, el apoyo a la emancipación de los jóvenes, la

equiparación de la protección de los trabajadores autónomos, y homologación de prestaciones y derechos de los españoles en el exterior.

Igualmente, la multiplicación de la inversión en I+D+i, o la mejora de la distribución de la carga fiscal con un tratamiento más favorable a las rentas del trabajo.

También, la duplicación de la Ayuda Oficial al Desarrollo, el retorno al corazón de la política europea, la recuperación del diálogo institucional o la supresión de la televisión pública de partido.

Con esos cumplimientos nos hemos hecho acreedores de un importante depósito de credibilidad. Los ciudadanos pueden estar seguros de que las promesas de nuestro próximo programa electoral estarán destinadas a convertirse en firmes realidades.

Si repasamos con objetividad y rigor los resultados alcanzados, también hay razones más que suficientes para poder confiar en nuestra capacidad de gestión de los asuntos públicos.

Acudiendo a un clásico de los prolegómenos electorales, se trata de responder a la pregunta de si ahora, en 2008, estamos mejor o peor que en 2004.

Pocas veces esta pregunta habrá tenido una respuesta más clara y contundente.

España sale mucho más fuerte de esta Legislatura de cambios y reformas. Con dos millones más de habitantes, y una tendencia de recuperación de la natalidad; con una dimensión económica que nos convierte en la octava potencia industrial del mundo.

España ofrece hoy una mayor prosperidad personal y familiar que nos sitúa ya por encima de la renta media per cápita de la UE, y nos permite adelantar o acercarnos a otros países con los que hemos estado en larga desventaja.

España proporciona hoy más oportunidades, con un record histórico de 20 millones de ocupados, con la menor tasa de paro de los últimos 30 años, con mejor aprovechamiento del empleo por mujeres y jóvenes.

España protege hoy con mayor justicia a los colectivos sociales que más lo precisan, y distribuye crecimiento y bienestar con un mayor equilibrio territorial.

En este periodo hemos crecido a una tasa media del 3'7%, distanciándonos favorablemente de los países industrializados con los que competimos.

Hemos sido capaces, a la vez, de ir cambiando el modelo de crecimiento hacia otro menos dependiente de la construcción y de la demanda interna y más orientado a sectores de valor añadido y hacia una mayor internacionalización.

Rigor y austeridad han marcado la gestión de las cuentas públicas, consiguiendo superávit fiscal en cada presupuesto, los últimos años en niveles que se acercan mucho al 2% del PIB.

La economía española ha trasladado su bonanza a la creación de empleo más directamente y con mayor intensidad que en ninguna otra fase de crecimiento anterior. Y el diálogo social ha permitido avanzar en la reducción de la temporalidad.

Hemos desarrollado políticas sociales ambiciosas, pero al mismo tiempo hemos priorizado el gasto productivo, destinado a aportar sostenibilidad y futuro a aquellas políticas.

La Seguridad Social está hoy más saneada y más aprovisionada que nunca, con un Fondo que se acerca ya al 5% del PIB.

En definitiva, hemos crecido, repartido y ahorrado. Lo hemos hecho de la mano de empresarios y trabajadores, alcanzando con ellos más de una veintena de acuerdos, en el marco de la Legislatura de menor conflicto y mayor paz social.

Todos los indicadores económicos y sociales han mejorado sustancialmente en estos cuatro años.

Si, en el primer trimestre de 2004 la economía crecía al 2'9%, en el año 2007 lo habrá hecho al 3'8%, casi un punto por encima.

Entonces la inversión en bienes de equipo crecía al 4'3%, ahora lo hace casi al triple, al 11'2. Las exportaciones han progresado desde el 5 hasta el 8%.

La inversión en I+D+i no alcanzaba los 3.000 millones, y en 2008 superará los 7.600, más de dos veces y media más.

La productividad ha invertido la tendencia negativa acumulada durante varios años. En 2004 crecía al 0'1, ahora lo hace al 0'8. Mientras en las dos Legislaturas anteriores la productividad por hora trabajada restaba 1'3 puntos en promedio anual a nuestra convergencia real con Europa, en los tres primeros años de esta Legislatura ha sumado un promedio de 0'6 puntos.

Las cuentas públicas estaban en déficit real, y muestran ahora un superávit en torno al 1,8% del PIB. En 2008 habremos reducido en 12 puntos la ratio de deuda pública sobre PIB respecto a los niveles de 2004, siendo el país de la

OCDE que más haya progresado en esa reducción en los últimos cuatro años.

Incluso el último dato de la inflación que, aún cuando tiene un alto grado de coyunturalidad es, sin duda, negativo y preocupa al Gobierno, debe ser ponderado en relación con la inflación media a lo largo de 2007, que con un 2'8 % supondrá la tasa más baja desde 1999.

En conclusión, recibimos una herencia razonable, que yo nunca he tenido la tentación de desacreditar, pero que no iba más allá de un grado modesto en relación con el capital económico y social que hemos sido capaces de acumular. Una herencia acompañada, por otra parte, de no pocas hipotecas en los resultados y en el modelo, hipotecas que hemos conseguido o estamos consiguiendo levantar en tan solo unos pocos años.

Este periodo presenta asimismo un balance eficaz de resultados positivos para los ciudadanos. Lo presenta en lo que se refiere al empleo, recuperación salarial, renta familiar, fiscalidad y políticas de bienestar.

En esta Legislatura, a la que llamamos con toda justicia la Legislatura del empleo, se habrán creado hasta más de tres millones de nuevos empleos, más de 600.000 de ellos en 2007. Son los mejores resultados de todas las Legislaturas y superan a los de Alemania, Francia y Reino Unido juntos.

La tasa de empleo ha crecido cerca de 6 puntos, alcanzando ya el objetivo del 66% que el Programa Nacional de Reformas había fijado para 2010.

La tasa de paro ha retrocedido a mínimos históricos. Partiendo del 11'5% en 2004 se ha situado ahora en el rango del 8%.

Los empleos han beneficiado especialmente a las mujeres, que han ocupado el 54% de los nuevos que se han creado; a los jóvenes, cuya tasa de paro ha descendido en 5 puntos; y a los parados de larga duración, cuya tasa es hoy de las menores de la Unión Europea.

Ha progresado la estabilidad, al reducirse en 2'5 puntos la tasa de temporalidad desde la firma del Acuerdo sobre el Crecimiento y el Empleo suscrito con los interlocutores sociales.

Más empleo. Más estable. Menos paro. Mejores salarios. Más renta para las familias.

El salario real medio ha recuperado poder adquisitivo. En 2004 disminuía al 0'4%, y ahora crece al 1'4%. La renta disponible de los hogares ha aumentado en términos nominales cerca de un 24%, y los hogares cuentan hoy con cerca de 1.000 euros más de media al año en términos reales.

Los españoles disponen hoy de más recursos disponibles al rebajarse el IRPF en una media del 17% para las rentas más bajas, que suponen el 60% de los contribuyentes. Dos millones de personas han dejado de pagar este impuesto.

A muchos ciudadanos y hogares han alcanzado las medidas sociales que han proporcionado avances a numerosos colectivos que, sumados, constituyen un parte muy amplia de nuestra sociedad.

A los tres millones que han visto incrementarse sus pensiones mínimas hasta cerca de un 30%; a los centenares de miles que perciben salario mínimo, que ha pasado de 460 euros en 2004 a 600 en 2008; a quienes han empezado a recibir la atención a la dependencia; a quienes en pocas semanas

accederán a la Renta Básica de Emancipación, de la que 360.000 jóvenes podrán beneficiarse; a quienes han recibido la nueva prestación de 2.500 euros por nuevo nacimiento o adopción; a quienes acceden a las ayudas a la vivienda, cuyos recursos doblan hoy los de hace cuatro años.

En definitiva, por la eficacia que reflejan los resultados obtenidos en nuestra gestión, de la que les he expuesto la relativa a la economía, el empleo y las políticas sociales, nos hemos hecho acreedores a la confianza para seguir desarrollando este proyecto, ya en marcha, durante los próximos cuatro años.

Así lo muestran sin excepción los diferentes estudios demoscópicos que valoran mejor la gestión del Gobierno que la de la oposición, y que lo prefieren como opción de futuro.

En los meses posteriores al verano, el entorno económico internacional viene mostrando una mayor incertidumbre, cuyos orígenes, bien determinados, se ubican lejos de nosotros. Residen en el mal comportamiento del mercado inmobiliario de los EE.UU, con características muy distintas al nuestro, y su impacto sobre las hipotecas de baja calidad, la subsiguiente crisis de liquidez, la disminución de los flujos financieros, así como el alto precio del petróleo y de algunas materias primas.

Ninguna de esas tensiones procede obviamente de la existencia de problemas específicamente españoles. Ninguna refleja en absoluto algún tipo de debilidad de nuestra economía. Ninguna cabe atribuir, con una elemental honestidad, a impactos derivados de la gestión del Gobierno.

Pero es obvio que, en una economía cada vez más globalizada, los efectos se dispersan, y de la misma manera

que alcanzan a todos los demás también lo hacen potencialmente a nosotros.

Conviene, sin embargo, mantener la serenidad allá donde otros quieren instalar el alarmismo. Hay sobradas razones para esperar que el impacto sea limitado, poco duradero y no afecte a los países por igual. Pero, además, en todo aquello en lo que cuentan las expectativas, y especialmente en economía, siempre es más beneficioso pensar y actuar en positivo.

Creo que la gestión realizada por este gobierno nos hace acreedores de este enfoque positivo respecto al futuro de la economía española.

Hemos abordado problemas antiguos, como la situación de los astilleros públicos o la deuda de RTVE; hemos reducido el impuesto de sociedades por primera vez; hemos reducido los impuestos personales a aquellos colectivos con menores ingresos; hemos avanzado en dotarnos de mercados más eficientes y de una autoridad de defensa de la competencia equiparable a las de los países más avanzados.

Hemos dotado de mayor solidez a nuestro sistema financiero; hemos reforzado la sostenibilidad de nuestro sistema de seguridad social, hemos mejorado el funcionamiento de nuestro mercado de trabajo con el acuerdo de los agentes sociales y hemos tenido una especial preocupación con los colectivos más vulnerables.

Y todo ello en un marco de estabilidad macroeconómica que ha permitido mostrar superávits presupuestarios en cuatro años consecutivos.

A diferencia de otros momentos de dificultades, la economía mundial cuenta ahora con el fuerte dinamismo de los países

emergentes, lo que permitirá que el crecimiento mundial siga siendo elevado. Asimismo la actividad de la Unión Económica y Monetaria mantendrá su solidez, aunque modere su crecimiento.

A diferencia también de otros periodos, la base de la economía española, y los elementos con que cuenta para afrontar con éxito esta coyuntura, es mucho más firme y segura que en cualquier momento del pasado.

Nuestra solidez reside en que somos ahora una economía mucho más potente, con elevadas tasas de inversión productiva, y en que hemos avanzado ya en el cambio hacia un modelo de crecimiento más equilibrado. Disponemos del amplio margen de maniobra que nos ha proporcionado la estabilidad presupuestaria, de un entramado empresarial competitivo y eficaz, y de la solvencia acreditada de nuestro sistema financiero.

En base a esa solidez, nuestras previsiones para los próximos años son claramente optimistas.

Seguiremos creciendo a un ritmo medio superior al 3%. La ligera desaceleración irá acompañada de un reequilibrio del patrón de crecimiento, que será más sano y más sostenible, con una reducción continuada de la aportación negativa de la demanda externa.

Se creará mucho empleo, y mejorará la capacidad adquisitiva de los salarios, dado que, además del aumento de los mismos ligado a la productividad, se producirá una notable inflexión de la inflación a partir de la primavera.

Aumentará la disponibilidad de individuos y hogares, porque la buena situación de las cuentas públicas permitirá abordar nuevas reducciones fiscales que seguirá favoreciendo a las rentas del trabajo y, especialmente, a las más bajas.

Seguiremos avanzando en dotarnos de capital físico, humano y tecnológico para ponernos al nivel que le corresponde a la octava economía del mundo. Mantendremos incrementos importantes en las políticas de I+D+i y educación, y proseguiremos con implementación del Plan Estratégico de Infraestructuras de Transporte (PEIT)

La eficacia de estas medidas, junto con la reducción del protagonismo de sectores con mayor intensidad de mano de obra favorecerán el crecimiento de la productividad y de la competitividad de nuestras empresas, que son la llave maestra de nuestro futuro.

Continuaremos reduciendo la deuda pública y dotándonos de margen suficiente por si fuera necesario, mejorando la sostenibilidad a largo plazo de nuestras finanzas públicas. En solo dos años seremos el país con menos deuda entre las potencias económicas del mundo.

Esta es y será la realidad. Y frente a ella, y frente al mero sentido común, hay quienes, más que profetizar, predicán ya la existencia de una recesión. El asunto no merece gastar mucho tiempo y esfuerzo, pero permítanme que les recuerde algunos datos para formularles una conclusión.

En ni uno solo de los trimestres de 2001, 2002 y 2003 creció la economía más que en el tercer trimestre de 2007, y en prácticamente todos ellos lo hizo un punto por debajo de ahora. El paro registrado creció en España en 2002 y 2003. En dos ocasiones de la pasada Legislatura la inflación se situó en el 4'2%, en otras dos en el 4'1, y en otras cuatro ocasiones en el 4%. Con el petróleo tres veces más caro que en 2004, la inflación media de 2007 es, como ya he señalado, la más baja desde 1999.

¿Va a resultar que simplemente por estar fuera del gobierno lo que en la legislatura pasada era un milagro económico sin precedentes se transforma ahora en una pavorosa recesión?.

Lo mínimo que se les debe exigir a los dirigentes políticos, incluso si están en plena competición electoral, es que sean algo rigurosos. Que sean más serios y menos sombríos.

La sociedad española ha alcanzado ya una dimensión cualitativamente distinta a la que tuvo en el pasado, incluso en el pasado reciente. Ahora disputamos con los países más avanzados nuestra propia posición en el campo de juego.

Ahora contamos con un potencial ampliamente disponible de población, con recursos humanos cada vez mejor formados, con infraestructuras físicas y tecnológicas de última generación, con capacidad innovadora.

Ahora contamos con empresas líderes de ámbito mundial en los sectores financieros, construcción civil, comunicaciones, generación energética, energías renovables, textil, turismo. Contamos con gran capacidad de atracción para la inversión extranjera directa. Invertimos como nunca en el exterior.

Es la hora de ir a por todas, de disputar las oportunidades que se abren en el mundo globalizado del S. XXI. No es momento para arredrarnos sino para dar salida a una auténtica ambición nacional.

Durante décadas esta sociedad ha soportado la pesada losa de un alto nivel de paro, que ha deprimido el ánimo de tantas familias y ha lastrado el desarrollo de nuestras potenciales energías.

En 2008 estamos en disposición de aspirar al pleno empleo en un plazo razonable de tiempo, y de convertir ese pleno empleo en el más potente factor de integración social y en el garante más vigoroso de las políticas de bienestar.

En las previsiones del Gobierno, que hasta hoy siempre han quedado por detrás de la realidad, contemplamos para la

próxima Legislatura la creación de un millón seiscientos mil puestos de trabajo, con lo que la tasa de desempleo se mantendría en torno al 8%.

Pero yo soy más ambicioso, y estoy dispuesto y preparado para liderar un gran esfuerzo colectivo para acercarnos a los dos millones de empleos nuevos, para situar la tasa de paro en torno al 7%, para alcanzar una tasa de actividad media por encima del 70%, para llevar la de las mujeres por encima del 60%, y para reducir la temporalidad hasta un 25%.

Podemos conseguirlo contando con las decisiones dinamizadoras por el lado de la oferta, con la generación de empleo asociada a la intensa ejecución del Plan Estratégico de Infraestructuras del Transporte, con el incremento continuado de la inversión en I+D+i, con la extensión de las escuelas infantiles de 0 a 3 años, con las mejoras en la calidad educativa o con el desarrollo efectivo de la atención a la dependencia.

Llegar al pleno empleo real y que haya más empleo estable y de calidad. Ese ha de ser y será el motor de nuestro bienestar.

Un bienestar basado, en primer lugar, en el incremento de la renta per cápita hasta alcanzar la de los grandes países europeos, y situarnos junto a aquellos que, como Finlandia, Dinamarca y Suecia, combinan una alta renta media con los mejores indicadores sociales.

Para conseguirlo es condición indispensable avanzar decididamente en productividad, seguir mejorando nuestra capacidad de competir y asegurar la plena incorporación de la mujer al mercado de trabajo.

Solo el avance de la productividad permitirá crecimientos sostenibles de la capacidad adquisitiva de los salarios. Sólo ese avance dará solución a algunos de los desequilibrios

actuales de nuestra economía y otorgará sostenibilidad adicional a nuestro crecimiento. Ese avance nos asegurará también el éxito frente a los retos del envejecimiento de la población.

Para mejorar la competitividad tenemos que reducir un 25% en cuatro años las cargas administrativas para las empresas y los hogares.

Hay que seguir avanzando en la simplificación fiscal, como por ejemplo en la supresión del impuesto de patrimonio a la que ya me he comprometido.

Tenemos que continuar mejorando los niveles de competencia en los mercados de bienes y servicios, cuya debilidad explica hoy una parte de nuestro diferencial de inflación.

Hay que seguir en la línea de los superávits fiscales y mantener saneado el entorno macroeconómico.

Tenemos que mejorar mucho nuestro sistema educativo, expandir la formación profesional y conseguir un nivel de excelencia universitaria.

Tenemos que mantener el esfuerzo en I+D+i, puesto que solo un compromiso a largo plazo puede ofrecer los resultados buscados.

Hay que dar solución satisfactoria al acceso a la vivienda de protección oficial, e intensificar las medidas de apoyo al alquiler.

Y en el ámbito del mercado de trabajo nos proponemos renovar un gran acuerdo con los interlocutores sociales para poner en marcha nuevas medidas de mejora de la productividad general de la economía y de la estabilidad en el empleo.

Todo ello nos va a permitir desarrollar políticas sociales de gran relevancia, tales como aplicar en su casi plenitud la atención a la dependencia en la próxima Legislatura; dar otro salto importante en la mejora de las pensiones mínimas; promover la edificación de millón y medio de viviendas protegidas en los próximos diez años, seiscientas mil de ellas en alquiler; elevar el SMI hasta los 800 euros mensuales en 2012; o llevar a la práctica la ley de igualdad.

Les señalaba en la parte inicial de mi intervención que tenía la convicción de que los ciudadanos decidirían también contrastando los estilos políticos y el estado de ánimo que se requieren para dirigir ese proyecto ambicioso con el que España se juega su lugar en el mundo para un largo periodo del S. XXI.

Es ahora cuando se está configurando el nuevo reparto de la globalización. Por eso es ahora mismo cuando hay que dar los pasos necesarios para poder estar junto a quienes lideran los cambios. Es ahora cuando tenemos la oportunidad y es ahora, y no más tarde, cuando es posible y cuando debemos aprovecharla.

Nada me apasiona más que liderar en los próximos años esa apuesta colectiva. Y tengo plena confianza en la sociedad española como para estar seguro de que está en excelentes condiciones para ganar la apuesta y para superar cualquier reto.

No es una confianza ciega. Es una confianza informada.

De hecho, confían en nosotros las instituciones internacionales que, para 2008, prevén para España crecimientos superiores entre medio y un punto respecto de EE.UU, Japón, Alemania, Francia, Italia, Reino Unido, la Eurozona y la media de la OCDE.

Y quiero subrayar que, sobre todo, confían las propias empresas, cuyas decisiones, por ejemplo en términos de inversión en bienes de equipo o de contratación indefinida, siguen mostrando que apuestan por el futuro.

Nadie que dirija una gran empresa, y aquí hay muchos que lo hacen, y muy bien por cierto, pondría su estrategia de renovación y crecimiento en manos de alguien que careciera de ambición y que no tuviera confianza en las posibilidades de la propia empresa, en alguien que la desacreditara en los mercados en que tuviera que competir.

Nadie le encargaría una operación de ese calado a alguien cuyo horizonte retrocediera a 2004 en vez de proyectarse a 2012.

Yo no he sido nunca catastrofista. Nadie me ha atribuido jamás ese rasgo de carácter sino en todo caso lo contrario. Por eso no alcanzo a comprender del todo a quienes hacen profesión política del catastrofismo. Debe ser muy poco estimulante fiar las propias posibilidades al deterioro de la situación, y menos aún remar en esa dirección en lugar de trabajar perfilando las propias propuestas positivas.

El pesimismo no puede conducir más que al derrotismo. Y con derrotismo se tienen perdidos todos los retos antes incluso de llegar a afrontarlos.

El futuro de España es la gran empresa común de los españoles. Y los retos para conquistar ese futuro son formidables. Hoy les he hablado de los relativos a la economía, el empleo y las políticas de bienestar. Quiero concluir reafirmando mi profunda convicción de que tenemos todas las bazas que precisamos para ganar ese futuro, y que tenemos que jugarlas con ambición y con trabajo continuo.

Yo tengo esa ambición y trabajaré sin desmayo por cumplirla. Me sobra el optimismo sobre los resultados que podemos

alcanzar. Por eso pediré a los españoles una confianza renovada y más amplia para desarrollar con plenitud nuestro proyecto político.